

## DÍA 40 - DOMINGO DE RAMOS - ¡OH PADRE, GLORIFICA TU NOMBRE!

[  Audio [SoundCloud](#) ]

[  Audio [Google Drive](#) ]

San Manuel González - Obras Completas, Tomo I - Texto extraído de “**Oremos en el Sagrario como se oraba en el Evangelio**”

### El Evangelio y la primera petición

**982.** ¡Qué fórmulas de oración tan bellas y exactas nos enseña el santo Evangelio para dirigir a nuestro Padre esta petición excelsa! Sirvan, entre otras, de ejemplo:

1.<sup>a</sup> "Te alabo, Padre, Señor de cielo y tierra, porque escondiste tus misterios a los prudentes y sabios y los revelaste a los pequeñuelos" (Mt 11,25).

Nuestro Hermano Mayor Jesús, santifica el Nombre de su Padre y nuestro Padre, alabándolo por su revelación a los humildes, por haberse dado singularmente a conocer y a amar de los pequeñuelos.

¡Cuántas veces desde los Sagrarios de la tierra las almas chiquitas, las desconocidas o despreciadas del mundo e iniciadas y embriagadas en los misterios y en las dulcedumbres del amor Sacramentado, pueden exclamar:

Te alabo, Padre, Señor de cielo y tierra, porque te descubres a mí. Antes que agradecer, que paladear tus regalos, alabo la misericordia que ha puesto un Padre tan grande a mirar a un hijo tan chico.

2.<sup>a</sup> "¡Oh Padre, glorifica tu nombre!" (Jn. 12, 28) exclamaba Jesús en vísperas de su Pasión, y el Padre, para manifestar el agrado con que recibía aquella oración, respondía al momento:

"Lo he glorificado ya y lo glorificaré todavía más". ¡Qué glorificación tan excelsa de Dios fue la Pasión, la muerte, la Resurrección, la Ascensión y el reinado en cruz de su Hijo!

3.<sup>a</sup> ¡Y con qué dulce constancia enseña con su ejemplo a pedir ante todo la glorificación de Dios! En sus palabras de despedida, en la hora del testamento, Jesús levanta sus ojos al cielo y dice: "Padre, la hora es llegada; glorifica a tu Hijo (*resucitándolo y elevándolo al cielo*), para que tu Hijo te glorifique a Ti, pues que le has dado poder sobre todo el linaje humano para que dé la vida eterna a todos los que le has señalado. La vida eterna consiste en conocerte a Ti, sólo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú enviaste. Yo por mí te he glorificado en la tierra; tengo acabada la obra cuya ejecución me encomendaste.

Ahora glorifícame Tú, ¡oh Padre!, en Ti mismo, con aquella gloria que *como Dios* tuve Yo en Ti antes que el mundo fuese" (Jn 17,1-5).

**983.** ¡La glorificación del Padre por la glorificación del Hijo buscado, rogado, imitado y adorado en el silencio y en la ocultación de su vida de Sagrario!

¡Qué hermoso modo de pedir el "santificado sea tu nombre" del Padrenuestro!

4.<sup>a</sup> "Señor, queremos ver a Jesús" (Jn 12,21) dicen unos gentiles a san Felipe. Querer ver a Jesús es querer conocer y amar al Padre, según la palabra con que unos días después Jesús responde al mismo Felipe cuando éste le pide: "Muéstranos al Padre y eso nos basta" (Jn 14,8). "Felipe, quien me ve a Mí, ve también al Padre" (Jn 14,9).

Señor, infinitamente más afortunados somos nosotros que los gentiles del Evangelio; sabemos que mirando la Hostia consagrada te vemos, te oímos, te sentimos presente, y viviendo en Ti, amándote y siendo amado por Ti, a nuestro Padre Dios en unidad con el Espíritu Santo Dios... ¡Padre nuestro, que tu nombre sea santificado por el conocimiento, el amor y la glorificación de tu Hijo vivo en la Hostia consagrada!

5.<sup>a</sup> Cuando Jesús entra el Domingo de Ramos en Jerusalén como Rey pacífico, como dulce Señor de los corazones puros y sencillos, los niños, cuya boca es muchas veces órgano del Espíritu santo, le cantan y le saludan con el "¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!" (Jn 12,13).

**984.** ¿No nos ha regalado el Padre Dios todas las criaturas tuyas del cielo y de la tierra para que usando o privándonos voluntariamente de ellas lo glorifiquemos a Él y nos hagamos felices nosotros? ¿Por qué, pues, no hemos de cantar delante de cada una de esas criaturas, del pan y del agua que nos alimentan, de los bienes de fortuna que nos alivian, del aroma y de la belleza de las flores que nos deleitan, de los amigos que nos confortan, de los sacramentos que nos santifican, del dolor que nos purifica, de la huida de la seducción que nos hace castos y valerosos? ¿Por qué, repito, no hemos de repetir el "¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!" como los niños de Jerusalén ante el gran don de Dios, su propio Hijo?

Sí; que el "¡Alabado sea Dios!" tan metido en el lenguaje y en la costumbre de nuestro pueblo sea el comentario primero que arranque de nuestra alma y de nuestros labios toda manifestación de la bondad de nuestro Padre que está en los cielos en favor de sus hijos los de la tierra.

¿Y en qué pormenor, por insignificante que sea, de nuestra vida, no se manifiesta?

Padre nuestro que estás en los cielos, que por todo y en todo santificado sea tu nombre...

**¡Madre querida!... ¡Que no nos cansemos!**

**¡Ave María y adelante!**